

LA FE Y EL SACRILEGIO

La novedad de Jesús

Fe y Religión

En la religión hebrea, así como en las otras grandes religiones, la relación de las personas con la divinidad se basaba en la observancia de un código de leyes que se consideraba sagrado, por provenir del mismo Señor.

Para saber cómo comportarse y conocer si se era gratos a Dios o no, si se incurria en pecado o no, el hebreo tenía, pues, como punto de referencia la Ley, transmitida al pueblo a través de Moisés, y máxima expresión de la voluntad divina (Ex 19-24).

Este sistema religioso, consolidado a través de los siglos, llegó indemne hasta el cambio que propiciará Jesús, el Cristo, el hombre que los evangelistas presentan como la plena revelación de Dios¹.

Jesús propone a los hombres una nueva relación con Dios, basada no ya en la observancia de la Ley, sino en la semejanza respecto al Padre en el amor.

Para Jesús, el verdadero creyente no es quien obedece a Dios observando sus leyes, sino aquél que se asemeja al Padre practicando un amor similar al suyo². Este nuevo tipo de relación con la divinidad es tan especial, que no puede ser catalogado en la categoría “religión”³, palabra por otra parte, ausente en los evangelios. El “*vino nuevo*” de Jesús tenía necesidad de “*odres nuevos*” (Mt 9,17), ya que las estructuras tradicionales de la religión no eran adecuadas para contener y expresar la novedad de su mensaje.

En la religión, el hombre es considerado como un siervo, y la divinidad es vista como un patrón al que es necesario someterse y obedecer. La nueva relación con Dios propuesta por Jesús, no es ya la de un siervo que obedece a su amo, sino la de un hijo que se relaciona con su Padre. Un Padre que no pide nada a los hombres, se hace don para todos. Este nuevo tipo de relación toma el nombre de “fe”.

En la fe, la vida del hombre no tiende hacia Dios; al contrario, tiene a Dios como punto de partida, y el hombre no vive más *para* Dios, sino *con* Dios y *como* Dios.

Las dinámicas evangélicas tienen lugar precisamente en este punto crucial, o sea, en la tensión entre religión y fe.

Se oye a veces decir en el lenguaje popular que la fe es un don de Dios. Ahora bien, muchas personas se escudan precisamente en esta afirmación para sentirse dispensados: “afortunado tú que tienes fe: el Señor a mí no me la ha dado”; si la fe es un don de Dios, se sigue, en efecto, que el responsable de la misma no es el hombre, sino Dios, una divinidad caprichosa que a algunos concede fe abundante, a otros, un poco y por último, a muchos, nada. Por otra parte, algunos entienden la fe como una especie de seguro contra las desgracias e infortunios (“Yo siempre he tenido mucha fe, de verdad no comprendo cómo me ha podido ocurrir esto...”). Al primer revés de la vida se pierde la fe, o, mejor dicho, se abandona, porque se ha comprobado que es ineficaz e incapaz de ofrecer protección ante las adversidades que inevitablemente se encuentran en el camino.

¹ “A Dios nadie le ha visto jamás: el hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado” (Jn 1,18).

² “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

³ Por religión se entiende el conjunto de conductas que los hombres adoptan en relación con la divinidad para obtener su favor, perdón y benevolencia, es decir, todo aquello que el hombre debe hacer *para* Dios, contemplado como fin último de la propia existencia.

De la lectura de los evangelios se desprende, en cambio, que la fe no es un don de Dios a los hombres, sino la respuesta de éstos al don de amor que Dios hace a todos.

Al respecto, el relato de la curación de los diez leprosos que encontramos en el evangelio de Lucas resulta clarificador (Lc 17,11-18): Jesús ha curado a diez leprosos, pero solo uno de éstos, un Samaritano, “*se volvió glorificando a Dios en alta voz*” (Lc 17,15). Jesús, presencia de Dios en la tierra, ha donado a todos la curación, pero solo uno vuelve para darle las gracias. Los diez leprosos, todos, han recibido la curación, pero solo uno ha sido salvado. Es precisamente el hecho de haber tomado conciencia del don de Dios lo que el evangelista define como *fe*: “*Levántate y vete; tu fe te ha salvado*” (Lc 17,19).

En la religión, el hombre debe merecerse el amor de Dios, en la fe, solo acogerlo.

Con Jesús, no es ya necesario hacerse merecedores del amor de Dios por los propios esfuerzos; es suficiente acogerlo como don generoso y gratuito de la misericordia del Padre. El Dios de Jesús no tiene en cuenta los méritos de los hombres, solamente le atraen sus necesidades.

Los criterios mismos que regulaban el vivir religioso no resisten ya en pie. El evangelio les da la vuelta sin miramientos. Tanto es así que aquello que a los ojos de la religión parecía un sacrilegio, a los ojos de Jesús, el “*Dios con nosotros*” (Mt 1,23), resulta ser expresión sincera de fe.

Idéntico argumento presenta Lucas en el episodio de la pecadora y el fariseo (Lc 7,36-50).

Huésped inoportuno

Jesús ha sido invitado a comer a casa de “*uno de los fariseos*”.

Los fariseos eran un grupo religioso laico caracterizado por la observancia escrupulosa de la Ley de Moisés. A fin de acelerar la venida del reino de Dios, los fariseos se esforzaban por vivir cotidianamente todas las prescripciones que eran requeridas a los sacerdotes durante el periodo limitado en que prestaban servicio en el Templo (Lv 9-10; 21; 22,1-9). De entre todo el conjunto de normas y observancias, los fariseos habían extraído 365 prohibiciones y 248 preceptos que imponían deberes, lo que sumaba un total de 613 preceptos que observar. Estos números, de acuerdo con la simbología farisea se derivaban de los elementos que componían el cuerpo (248) y del número de los días del año solar (365): en otras palabras, el hombre debía vivir cada día en la observancia total de la Ley divina.

Por si fuera poco, a tales prescripciones añadían la observancia meticulosa del reposo sabático, día en el que estaba prohibido realizar cualquier tipo de faena. Basándose en el número de tareas necesarias para la construcción del Templo, los fariseos habían deducido que existían 39 trabajos principales prohibidos, subdivididos a su vez en 39 labores secundarias, por un total de mil quinientos veintinueve trabajos prohibidos. Por este particular estilo de vida austera, los fariseos gozaban de gran respeto por parte del pueblo y tenían fama de santidad.

Jesús no los considera más que comediantes (literalmente: hipócritas), los cuales hacen ostentación de sus acciones para ser glorificados por los hombres (Mt 6,2).

Ya desde el primer encuentro, los fariseos se han mostrado hostiles hacia Jesús. En esa ocasión, han sentenciado que blasfemia (Lc 5,21), considerándolo, pues, susceptible de recibir la pena de muerte. Además, se escandalizan porque sus discípulos comen y beben con publicanos y pecadores, categorías de personas consideradas contaminadas (Lc 5,30). Llenos de rabia hacia Jesús, se proponen eliminarlo; no soportan que se mofe abiertamente de su fama de santidad (Lc 6,7-11).

Con tales precedentes, resulta más que evidente que la invitación a comer por parte del fariseo no es un gesto de hospitalidad, sino una trampa preparada para dañar a Jesús.

Es éste el primero de los tres almuerzos con los fariseos a los que Jesús fue invitado.

Cristo no es un huésped que se adapte mansamente a las circunstancias que lo rodean: de hecho, todas las veces que fue invitado a comer hizo que se les atragantara el bocado a sus anfitriones (Lc 11,37-54; 14,1-24).

El evangelista subraya que Jesús “*entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa*” (Lc 7,36). Los huéspedes, como era costumbre en las comidas de fiesta, comían reclinados sobre sofás o divanes colocados circularmente en torno a una mesita baja, sobre la cual se depositaban las bandejas con los manjares.

Mientras tiene lugar esta comida en casa del fariseo, sucede de repente un hecho del todo imprevisible: “*He aquí que una mujer, una pecadora de la ciudad, al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume...*” (Lc 7,37).

En los banquetes de la época participaban únicamente los hombres, la tarea de las mujeres era trabajar en la cocina, el lugar al que desde siempre las había relegado la tradición (en esta línea, Lucas 10,40 presenta a Marta, “*atareada en muchos quehaceres*”). Pues bien, en este banquete, que se celebra en el domicilio del pío fariseo, donde no entraba jamás nada contaminado o impuro pues existía un control maniaco para que todo fuera puro y purificado⁴, se introduce una conocida pecadora de aquella ciudad.

“*No te acerques a la puerta de su casa*”, conminaba la Escritura (Pr 5,8) acerca de las prostitutas. Aquí nos hallamos ante el caso opuesto: es la prostituta la que entra en casa del fariseo.

Ahora bien, el problema no se plantea porque entre una mujer –aunque esto ya de por sí era motivo de escándalo pues a causa de la menstruación eran perennemente impuras (Lv 15, 19-30)-, sino una prostituta, ensuciando con su presencia toda la casa. Pero no queda ahí la cosa, la mujer porta en sus manos las “armas” del oficio, o sea, un frasco de perfume, el aceite perfumado con el cual aplicar masajes a los clientes (Ez 23,41; Pr 7,17).

En los evangelios, esta mujer es la única meretriz protagonista de un encuentro cara a cara con Jesús. El personaje es anónimo y, en cuanto tal, representa a todos aquellos que de algún modo se sienten reflejados en su condición⁵.

Para la comprensión del episodio y del comportamiento de la mujer, se hace necesario recordar que en la cultura del tiempo la prostitución no era nunca una elección personal. Muy raramente una mujer se veía empujada a realizar ese oficio a causa del hambre o de la miseria; la prostitución era casi siempre la dramática consecuencia de haber nacido mujer.

De hecho, el nacimiento de una niña era considerado una desgracia para los padres. Una mujer es “*una inquietud secreta, la preocupación por ella aleja el sueño...*” (Eclo 42,9), declara la Biblia, y “*el mundo no puede existir sin varones y sin hembras, pero ¡feliz aquél cuyos hijos son varones y ay de aquél cuyas hijas son mujeres!*”⁶, sentencia el Talmud.

Cuando en una familia había ya alguna niña, se consideraba normal abandonar la neonata en las afueras de la población la noche misma de su nacimiento⁷. Si sobrevivía a los animales vagabundos, la neonata era recogida por el comerciante de esclavos que la criaba para venderla más tarde como prostituta cuando tenía entre cinco y ocho años de edad. Por lo tanto, la prostituta era una mujer que ya desde la más tierna edad había sido educada y criada con un único fin: dar placer a los varones y hacerlos gozar, contentándose a cambio de su prestación con “*un mendrugo de pan*” (Pr 6,16).

⁴ “*Los fariseos de hecho y todos los Judios no comen sin haberse lavado las manos hasta el codo, aferrados a la tradición de los antiguos, y al volver del mercado, si no se bañan no comen, y hay otras muchas cosas que observan por tradición como la purificación de copas, jarros y bandejas*” (Mc 7,3-4); “*Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato...*” (Mt 23,25).

⁵ El deseo de garantizar la redención de la pecadora condujo en el pasado a identificar erróneamente esta prostituta con Maria de Magdala (“La Magdalena”), mujer que no tiene nada que ver con el personaje de Lucas, pero que, puesta por Juan junto a la cruz de Jesús (Jn 19,25), ha llevado a la tradición a ver en ella a la *Magdalena arrepentida*, con gran consuelo de los moralistas. Fue un papa, Gregorio Magno (590-604), quien en sus “Homilías sobre el Evangelio” fundió en un único personaje tres mujeres distintas: la pecadora de Lucas, Maria de Betania (hermana de Lázaro) y Maria de Magdala.

⁶ Baba Batra B. 16

⁷ “*Nadie tuvo piedad de í... quedaste expuesta en pleno campo porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo*” (Ez 16,5).

Escena escabrosa

Sea como sea, la mujer no parece hacer caso del disgusto de los comensales escandalizados por su presencia, y, situándose detrás de Jesús *“a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de la cabeza se los secaba, besaba sus pies y los ungía con el perfume”* (Lc 7,38).

La escena es escabrosa. El evangelista, a propósito, se recrea en los detalles que a los ojos de los fariseos no podían dejar de aparecer como actos embarazosos además de indecentes.

Las mujeres “honestas” tenían siempre la cabeza cubierta a partir de la pubertad. Solamente el día de la boda la mujer tenía permiso para mostrar su cabellera. Durante el resto de su vida no mostraba jamás los cabellos, ni tan siquiera en casa⁸. El marido, además, sin la obligación de pagarle la suma acordada en el contrato matrimonial para tal eventualidad⁹, podía repudiar a la mujer si salía a la calle desprovista del velo. Soltarse los cabellos delante de los hombres era considerado tan indecoroso que era motivo suficiente para repudiar a la mujer¹⁰.

En suma, se reputaba que los cabellos eran un arma irresistible de fuertes connotaciones eróticas, como demuestra el episodio de Judit que *“se compuso la cabellera poniéndose una cinta”* (Jdt 10,3), sedujo a Holofernes y le hizo perder la cabeza (en todos los sentidos). Solo las prostitutas hacen ostentación de sus cabelleras para engatusar a los clientes. Nuestro personaje no solo exhibe impunemente los cabellos, los emplea para secar los pies de Jesús después de haberlos ungido con perfume. Por si fuera poco, escribe el evangelista, besaba con insistencia¹¹ los pies de Jesús, y hasta en tres ocasiones Lucas menciona el objeto de la acción de la prostituta: los pies, una parte del cuerpo que tiene un alto contenido erótico, pues en la Biblia son un eufemismo empleado para indicar los órganos genitales (Ex 4,25; Is 6,2; 7,20).

No obstante, por mucho que la escena sea escabrosa y embarazosa, Jesús no reacciona, deja hacer.

Sin embargo, dejarse solo rozar por *una de éstas* hace al hombre impuro, inhabilitándolo para la relación con Dios. Los rabinos prescribían que era necesario estar distante de las prostitutas al menos dos metros.

¿Cómo es posible que Jesús no se retraiga?

¿Por qué no le reprocha su actitud?

El Señor, que *“no mira las apariencias sino el corazón”* (1 Sam 16,7), acepta el gesto de la mujer, que quiere expresar su gratitud del único modo que conoce, usando todo el “arsenal” de que dispone: cabellos, boca¹², perfume y manos expertas en dar masajes. El agradecimiento expresado por la mujer se refiere a un perdón que sabe ya haber obtenido de parte del Padre. Un Padre que Jesús anuncia como *“benévolo hacia los ingratos y los malvados”* (Lc 6,35).

Puesto que Jesús no reacciona, toma cartas en el asunto su anfitrión fariseo.

Devotos de un Dios juez, los fariseos se consideran superiores a los otros hombres y se creen con el derecho a juzgarles en base a sus propios parámetros religiosos¹³. Ellos saben quién es grato a Dios y quién no. Por esto, el fariseo comenta indignado y escandalizado: *“Si éste fuera un profeta sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora”* (Lc 7,39).

Para el fariseo, por tanto, es evidente que Jesús, cuyo nombre evita nombrar y al cual se refiere con manifiesto desprecio (*“éste...”*), no es un profeta; de lo contrario, no habría consentido

⁸ *“Jamás las vigas de mi casa vieron las trenzas de mis cabellos”*. Con estas palabras respondió la madre de siete hijos, todos sumos sacerdotes, a quien le preguntaba cómo había podido recibir tanto honor (Yoma B. 47°).

⁹ Ketubot M. 7,6.

¹⁰ Tosefta Sota 5,9.

¹¹ Lucas utiliza el verbo *kataphileô*, que denota insistencia, continuidad y persistencia en la acción, en vez del más común *phileô* (besar).

¹² *“Lo rinde con el halago de sus labios”* (Pr 7,21).

¹³ *“El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano...”* (Lc 18,11).

la provocación de una prostituta¹⁴. Por lo demás, ¿cómo habían podido confundir por un hombre de Dios a ese Jesús definido “*un comilón y un borracho amigo de publicanos y pecadores*” (Lc 7,34)?

Se produce aquí un enfrentamiento frontal de dos visiones: la del fariseo, acostumbrado a juzgar basándose en criterios religiosos, y la de Jesús, manifestación visible del amor del Padre, que no ha venido para juzgar, sino para “*buscar y salvar lo que estaba perdido*” (Lc 19,10).

“*Jesús le respondió: Simón, tengo algo que decirte*” (Lc 7,40). El evangelista pretende contraponer dos puntos de vista: los ojos del fariseo no han visto una mujer, solo una *pecadora*. Jesús no ve un *fariseo*, sino un hombre, Simón (es ésta la única vez en el evangelio de Lucas que un fariseo es presentado con su nombre).

Jesús expone entonces una parábola muy breve: “*Un acreedor tenía dos deudores. Uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta*¹⁵. *Como no tenían para pagarle, condonó la deuda a ambos. ¿Quién de ellos le amará más?*” (Lc 7,41-42).

En los dos deudores, Jesús presenta las figuras de la pecadora y del fariseo. El uno, con escasa necesidad de ser perdonado, para la otra, en cambio, la necesidad es acuciante. En vez de usar el verbo condonar o perdonar, el evangelista emplea *agraciar*¹⁶, que es usado solo en este episodio y para la restitución de la vista a los ciegos (“*y dio vista a muchos ciegos*”¹⁷ Lc 7,21). El acreedor no se ha limitado a cancelar la deuda, ha ido mucho más allá: les ha hecho un regalo, un don que no responde a los méritos del deudor, sino a la generosidad del acreedor.

La finalidad de la breve parábola es hacer reflexionar al fariseo sobre su situación personal, sin que él se aperciba de ello: la parábola presenta su historia, pero Jesús la narra como si se tratara de otra persona. El juicio que Simón debe dar es, en realidad, el juicio acerca de sí mismo. De hecho, responde de mala gana: “*Supongo que aquél a quien más perdonó* (literalmente ‘agració’)” (Lc 7,43).

El fariseo, que pretendía dar lecciones a Jesús, es tratado por el Señor como un alumno, un escolar al que somete a examen, dándole incluso una calificación: “*Has juzgado bien*” (Lc 7,43).

Acto seguido, Jesús se vuelve hacia la mujer y pregunta a Simón: “*¿Ves a esta mujer?*” (Lc 7,44). Jesús corrige la mirada ofuscada del fariseo, que no ha sabido ver una *mujer*, sino solo una *pecadora* (Lc 7,39), y le invita a tener la misma mirada de Dios, que ve el corazón de los hombres sin juzgarlos por su comportamiento religioso o moral.

Al fariseo, que por su estilo de vida pio y devoto se siente superior y distante respecto a la pecadora, Jesús le pone de manifiesto cómo el comportamiento de la mujer ha sido mejor que el suyo: “*Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No unguiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume*” (Lc 7,44-46).

De este modo, Jesús contrapone tres gestos de amor agradecido cumplidos por la mujer con tres faltas y omisiones en la acogida por parte del fariseo.

La primera de las acciones que Jesús echa en cara a Simón no haber cumplido, es la más habitual, algo a lo que todo invitado tenía derecho: recibir el agua para lavarse los pies. La ausencia de este ofrecimiento básico denota la actitud hostil del fariseo en relación a Jesús. El fariseo solo “*recibe*” a Jesús en su casa, pero no le dispensa una acogida hospitalaria. La pecadora, en cambio, para lavar los pies de Jesús no ha hecho uso de un agua cualquiera, sino de las lágrimas que brotan de su interior, expresión de amor agradecido.

La segunda falta que comete el anfitrión consiste en la omisión del beso. Acoger al huésped con un beso era un gesto cordial de bienvenida. El fariseo, el puro por excelencia, tiene intención de

¹⁴ El verbo “tocar” (gr. *aptó*), usado por el fariseo para describir la acción de la mujer, posee una fuerte carga erótica y tiene el significado de *palpar*. El mismo verbo es usado para indicar las relaciones sexuales: “*Bien le está al hombre no tocar (abstenerse) [mê aptesthai] mujer*” (1 Cor 7,1).

¹⁵ La paga de un obrero era de un denario al día.

¹⁶ Gr. *charizomai*.

¹⁷ Gr. *echarisato*.

mantener las distancias respecto al polémico Galileo, amigo de publicanos y de pecadores. A él, Jesús hace ver hasta qué punto sea distinta la actitud de la mujer. Esta aun persiste en besarle los pies, expresando así una gratitud incontenible.

El aceite perfumado era signo de honor. Suponía también un reconocimiento de la importancia del huésped¹⁸. La mujer ha rendido a Jesús el honor que el fariseo le ha negado.

En este momento, Jesús emite una sentencia similar a la que pronuncia en la parábola del fariseo y del publicano (Lc 18,9-14). En la parábola, Dios ignora las plegarias inútiles del pío fariseo y dirige todo su amor hacia el publicano impuro que *“no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo”* (Lc 18,13). Entre el pío fariseo y el pecador, el Señor escoge a este último (*“Este bajó a su casa justificado y aquél no”*, Lc 18,14), porque Dios no mira los méritos de los hombres sino sus necesidades: *“no necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal”* (Lc 5,31).

Jesús se dirige en tono severo al fariseo, afirmando: *“Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra”* (Lc 7,47).

Tanto la pecadora como el fariseo ya han sido perdonados por el Señor.

Solo la mujer es consciente de ello, y lo demuestra. El perdón ofrecido a Simón no ha desencadenado en él una corriente de amor. He aquí el reproche que Jesús dirige al fariseo: aunque él, en su pretendida perfección, piensa que no tiene apenas nada de lo que ser perdonado, podría al menos demostrar un mínimo de amor.

A continuación, Jesús se centra de nuevo en la mujer. Sus palabras hacia ella suscitan los comentarios maliciosos de los otros huéspedes: *“Le dijo a ella: tus pecados quedan perdonados”* (Lc 7,48). Jesús confirma que la pecadora no ha obtenido el perdón a causa del amor que ha manifestado, sino que ha demostrado este amor a causa del perdón previamente recibido.

La blasfemia de Cristo

Los comensales están escandalizados, *“y empezaron a decirse para si: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?”* (Lc 7,49). Como Simón, también ellos evitan nombrar a Jesús y se refieren a él a sabiendas con un término despreciativo (*éste*).

¿Qué derecho tiene Jesús a perdonar una pecadora que no ha pasado por ninguno de los trámites y obligaciones prescritas para obtener el perdón de los pecados?

La cuestión que los comensales plantean enlaza con el comentario negativo que anteriormente los escribas y fariseos habían expresado acerca de la obra de Jesús *“¿Quién es éste, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios?”* (Lc 5,21). Jesús está usurpando el papel de Dios, el único que tiene el poder de perdonar los pecados, por tanto es un blasfemo y como tal es merecedor de la pena de muerte. Jesús no hace caso de los comentarios malévolos y sigue hablando a la mujer: *“Pero él le dijo a la mujer: tu fe te ha salvado. Vete en paz”* (Lc 7,50).

Aquello que a los ojos de los religiosos fariseos era una transgresión y un estímulo al pecado, para Jesús no es más que una agradecida manifestación de fe.

Mientras que el fariseo ha visto muerte (pecado) en aquello que era una expresión de vida (fe), Jesús ve la vida allí donde aparentemente parece haber solo pecado.

Jesús no invita a la mujer a *“no pecar ya más”*, como hizo en el caso de la adúltera (Jn 8,11). No le pide ni siquiera que cambie de oficio, porque esto no sería posible para una mujer en sus circunstancias.

No puede encontrar un marido, nadie se casaría con una prostituta; no puede volver a la familia (si es que la ha tenido alguna vez), pero puede entrar en la comunidad del reino. Es lo que parece sugerir el evangelista, cuando a renglón seguido añade que se habían unido al grupo de Jesús *“algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades”* (Lc 8,2).

¹⁸ Cf Sal 23,5; 133,2.

Mientras que los fariseos se lamentan de que la manifestación del reino de Dios se demora a causa de los pecados de las prostitutas y de los publicanos, Jesús les advierte que precisamente los publicanos y las prostitutas han tomado su puesto en el reino (*“En verdad os digo: los publicanos y las prostitutas os preceden en el reino de Dios”*, Mt 21,31).

El reino que estas personas religiosas esperaban estaba en realidad reservado a un reducido número de privilegiados, personas que podían presentar como credencial una conducta inmaculada: eran los “justos” que accedían al mismo por sus propios méritos. El reino inaugurado por Jesús es la esfera del amor del Padre, donde no se entra por los propios esfuerzos, sino por la misericordia de aquel *“Dios que encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia”* (Rm 11,32).

Jesús se dirigirá con idénticas palabras a otra figura femenina considerada impura: la *“mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años y que no había podido ser curada por nadie”* (Lc 8,43).

La mujer que sufría esta enfermedad era considerada contaminada y venía equiparada a una leprosa¹⁹: no se podía acercar a los demás ni nadie se podía acercar a ella; si estaba casada, no podía tener relaciones con el marido, y si era soltera, no podía contraer matrimonio. Por su situación peculiar, la religión la condenaba a la esterilidad. El flujo de sangre que no se detenía la conducía inexorablemente a la muerte.

La Ley de Dios le impide tocar a nadie. Las ganas de vivir, sin embargo, son más fuertes que cualquier tabú moral y religioso. Si observa la Ley, no cometerá pecado, pero morirá; si se decide a transgredirla, aún tiene alguna esperanza de vida.

La mujer se desliza entre la multitud que sigue a Jesús y una vez que está a sus espaldas, le toca el manto esperando que nadie se aperciba. *“Y al punto se detuvo el flujo de sangre”* (Lc 8,44).

Pero su gesto ha contagiado la impureza a Jesús, que ahora queda, a su vez, infectado. Pues bien, Jesús no solo no reprocha nada a la mujer que le ha transmitido la impureza, sino que la alaba: *“Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz”* (Lc 8,48)²⁰. Una vez más, aquello que a los ojos de la religión parecía un sacrilegio, para Jesús no es más que expresión de fe.

¹⁹ Zabim 5,1.6

²⁰ En la versión de Mateo, Jesús incluso le da ánimos (*“¡Animo!”*, Mt 9,22).